ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

EL CRISTIANISMO ESOTÉRICO
Ó LOS MISTERIOS MENORES

POR ANNIE BESANT

(Continuación.)

CAPÍTULO VIII

Resurrección y Ascensión

Las doctrinas de la Resurrección y de la Ascensión de Cristo forman también parte de los Misterios Menores, y constituyen elementos integrales del «Mito Solar» y de la narración de la vida del Cristo en el hombre.

Es fundamento histórico de estas doctrinas, por lo que al mismo Cristo se refiere, el hecho de haber continuado enseñando á Sus apóstoles después de Su muerte física. Lo es así mismo Su aparición en los Grandes Misterios como Hierofante, desde que cesaron Sus instrucciones directas, hasta que Jesús ocupó Su puesto. En las leyendas míticas, la resurrección del héroe y su glorificación constituían invariablemente el remate de la relación de su muerte. En los Misterios el cuerpo del candidato caía siempre en *trance* semejante á la muerte, y él, en tanto, como un alma libre, recorría el mundo invisible, tornando á los tres días, y haciendo revivir su cuerpo. Por último, los dramas de la Resurrección y de la Ascensión se repiten en la vida del hombre que está á punto de ser un Cristo, según veremos al estudiarla.

Mas para comprender este asunto, es indispensable que nos demos cuen-

ta de la constitución humana, y adquiramos el conocimiento de lo que son los cuerpos natural y espiritual del hombre. «Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual», dice el Apóstol en I. Corintios, XV, 44.

Algunas gentes indoctas consideran todavía al hombre como mero dualismo formado de «alma» y «cuerpo», y emplean las palabras «alma» y «espíritu», como sinónimos, hablando igualmente de «alma y cuerpo» ó de «espíritu y cuerpo»; con lo que dan á entender que el hombre está compuesto de dos constituyentes, de los cuales uno perece en la muerte, mientras el otro le sobrevive. Tosca división es ésta, suficiente para el hombre sencillo é ignorante; mas con ella no nos es dado profundizar los misterios de la Resurrección y de la Ascensión.

Todo cristiano que haya estudiado, siquiera sea de un modo superficial, la constitución del hombre, reconoce en ella tres distintos elementos: Espíritu, Alma y Cuerpo. Esta división, si bien requiere una subdivisión para estudios más profundos, es correcta, y San Pablo la empleó en su plegaria, donde dice: «para que vuestro espíritu y alma y cuerpo sean guardados enteros sin reprensión» (1). Triple división aceptada en la teología cristiana.

El Espíritu mismo es realmente una Trinidad, reflexión é imagen de la Trinidad Suprema, lo que estudiaremos en el capítulo siguiente (2). El hombre verdadero, el inmortal, que es el Espíritu, es la Trinidad en el hombre. Es vida, conciencia, á quien corresponde el cuerpo espiritual; y cada aspecto de la Trinidad tiene su cuerpo apropiado. El alma es dual: comprende la mente y la naturaleza emotiva, con sus respectivas vestiduras. El Cuerpo es el instrumento material del Espíritu y del Alma. Hay punto de vista cristiano que considera al hombre un ser duodécuple, con seis modificaciones formando al hombre espiritual y seis al hombre natural; y aun hay otro punto de vista que le atribuye catorce divisiones: siete correspondientes á modificaciones de la conciencia y siete á tipos de la forma. Esta última concepción es prácticamente idéntica á la estudiada por los Místicos, la cual se expone comúnmente como séptuple, pues consta en realidad de siete divisiones, cada una doble, respondiendo al aspecto de la vida y al aspecto de la forma.

Algo confusas y perplejas son tales divisiones y subdivisiones para los entendimientos rudos, por donde Orígenes y Clemente, como hemos visto (3), dieron gran importancia á la necesidad de desarrollo intelectual en todos aquellos que deseaban ser gnósticos. Después de todo, los que las encuentren dificultosas, pueden darlas de lado, sin censurar por eso al estudiante entusiasta, que las considera, no sólo luminosas, sino absolutamente indispensables para entender con claridad los Misterios de la Vida y del Hombre.

La palabra Cuerpo significa vehículo, ó instrumento de la conciencia: esto

(1) I. Tesal, v, 23.

(2) Véase cap. IX, «La Trinidad».

(3) Véase antes págs. 210, 244 y 245 SOPHIA de Junio y Julio de 1902.

es, ó lo que lleva á la conciencia como vehículo, ó lo que la conciencia emplea para ponerse en contacto con el mundo externo, al modo que un mecánico emplea un instrumento. Ahora bien; nosotros podemos representárnoslo como un vaso en que la conciencia está contenida, al igual de un receptáculo que contenga un líquido. Es una forma usada por una vida; y, á la verdad, nosotros no conocemos nada de la conciencia, salvo en su conexión con las formas. Puede estar la forma construída de los materiales más raros y sutiles, puede ser tan diáfana que sólo nos demos cuenta de la vida que en ella mora; sin embargo, la forma existe, y está compuesta de Materia. Por el contrario, puede ser tan densa que oculte la vida que la habita, y entonces nos daremos cuenta de la forma solamente; sin embargo, la vida está allí, y está compuesta del opuesto de la Materia: Espíritu. El estudiante debe considerar una y otra vez este hecho fundamental: la dualidad de toda la existencia manifestada, la inseparable coexistencia del Espíritu y la Materia, así en un grano de polvo, como en el Logos, el Dios manifestado. Debe identificarse con esta idea; de no, haría mejor en abandonar el estudio de los Misterios Menores. El Cristo, como Dios y Hombre, exhibe en la escala cósmica el mismo hecho de dualidad que la naturaleza repite en todas partes. Conforme á esta dualidad originaria está construído todo en el universo.

El hombre tiene un «cuerpo natural», formado de cuatro porciones distintas y separables, y sujeto á la muerte. Dos de estas porciones se componen de materia física, y nunca se separan por completo una de otra hasta después de la muerte; sin embargo, pueden causar su separación parcial los anestésicos ó una enfermedad. A los dos reunidos se les puede llamar el Cuerpo Físico. En él ejerce el hombre su actividad consciente durante la vigilia; expresándonos en términos técnicos: es el vehículo de la conciencia en el mundo físico.

La porción tercera es el Cuerpo de Deseos, así llamado porque los sentimientos y la naturaleza pasional del hombre tienen en él su vehículo especial. Durante el sueño el hombre abandona el cuerpo físico y muestra su actividad consciente en este cuerpo, el cual funciona en el mundo invisible inmediato á nuestra tierra visible. Es, por tanto, el vehículo de la conciencia en el mundo inferior de los suprafísicos, que es también el primer mundo á que pasa el hombre después de la muerte.

La cuarta porción es el Cuerpo Mental, llamado así porque en él funciona la naturaleza intelectual del hombre, siempre que se ejercita en lo concreto. Es vehículo de la conciencia en el segundo de los mundos suprafísicos, que es á la vez el mundo celeste inferior, al cual pasa el hombre después de la muerte, cuando ha quedado libre del mundo indicado anteriormente.

Estas cuatro porciones de la forma que al hombre envuelve, compuesta por el doble cuerpo físico, el cuerpo de deseos y el cuerpo mental, constituyen el cuerpo natural de que habla San Pablo.

Este análisis científico no cabe dentro de la enseñanza cristiana ordinaria, la cual es vaga y confusa sobre este punto. Esto no quiere decir que las iglesias lo hayan desconocido en todos los tiempos; muy al contrario, la constitución del hombre, así formulada, era parte de las enseñanzas de los Misterios Menores. La simple división de Espíritu, Alma y Cuerpo era exotérica: noción primera, gruesa y presta, más á propósito como punto de partida. La subdivisión relativa al «Cuerpo» se daba en el curso de las instrucciones subsiguientes, como preliminar de la enseñanza que tenía por objeto adquirir el poder de separar un cuerpo de otro, y usar de cada cual como vehículo de la conciencia en su región propia.

No es difícil entender este concepto. Cuando un hombre necesita viajar por tierra, emplea un carruaje ó un tren. Si quiere viajar por mar, cambia de vehículo y acude al barco. Y si necesita andar por el aire, hace un nuevo cambio, y adopta el globo. En cualquiera de los tres casos el hombre es el mismo, sólo que hace uso de tres vehículos diferentes, según la clase de materia á través de la cual haya de andar. La analogía es tosca é inadecuada, mas no por eso induce á error. Cuando el hombre actúa en el mundo físico, su vehículo es el cuerpo físico, y en él y por medio de él obra la conciencia. Cuando pasa durante el sueño y después de la muerte al mundo que al físico está inmediato, es su vehículo el cuerpo de deseos, del cual puede aprender á usar conscientemente, á la manera con que usa con pleno conocimiento de su cuerpo físico. Todos los días de su vida lo emplea, sin saberlo, siempre que siente y desea; y asimismo se sirve de él todas las noches mientras duerme. Cuando después de la muerte entra en el mundo celeste, tiene por vehículo el cuerpo mental, del cual hace también un uso diario al pensar, pues no se daría pensamiento alguno en el cerebro, si antes no se diese en el cuerpo mental.

Tiene el hombre además «un cuerpo espiritual», formado de tres porciones separables, que á las tres Personas de la Trinidad del Espíritu humano corresponden y desparten. San Pablo habla de uno que «fué arrebatado hasta el tercer cielo», «donde oyó palabras secretas que el hombre no puede decir» (1). Estas diversas regiones de los supremos mundos invisibles son conocidas de los Iniciados, los cuales saben muy bien que los que pasan más allá del primer cielo, necesitan del verdadero cuerpo espiritual para vehículo, y que, según sea el desarrollo de las tres divisiones de éste, así será el cielo á donde pueden llegar.

De estas tres divisiones, la inferior se llama comúnmente Cuerpo Causal, por razones que sólo podrá entender del todo el que haya estudiado la doctrina de la Reencarnación—enseñada por la Primitiva Iglesia—con lo que se da cuenta de cómo la evolución humana requiere muchas vidas sucesivas en la tierra, para que el alma en germen del salvaje pueda convertirse en el alma perfecta de un Cristo, y ya perfecta, como el «Padre que está en los

(1) II. Cor., XII, 2, 4.

Cielos es perfecto» (1), pueda realizar la unión del Hijo con el Padre (2). Es un cuerpo que persiste de vida en vida, y en él se acumula toda la memoria del pasado. De él salen las causas que construyen los cuerpos inferiores. El es receptáculo de la experiencia humana, troje de las cosechas de nuestras vidas, asiento de la Conciencia, centro de la Voluntad.

La segunda de las tres divisiones del cuerpo espiritual es aludida por San Pablo en estas significativas palabras: «Tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna en los cielos» (3). Este es el cuerpo de Felicidad, el cuerpo glorificado del Cristo, «el Cuerpo de Resurrección». No es cuerpo «hecho de manos», por funcionamiento de la conciencia en los vehículos inferiores; no es obra de la experiencia, ni construcción de materiales que el hombre haya reunido en su larga peregrinación. Es cuerpo que pertenece á la vida del Cristo, á la vida de la Iniciación, al desarrollo divino del hombre; es construcción de Dios mediante la actividad del Espíritu, y crece á través de las vidas del Iniciado, hasta hacerse perfecto en la «Resurrección».

La tercera división del cuerpo espiritual es fina película de materia sutil que separa el Espíritu individual como un Ser, y, no obstante, permite la compenetración de todo por todo, siendo así expresión de la unidad fundamental. En el día en que «el mismo Hijo se sujetará al que le sujetó á él todas las cosas, para que Dios sea todas las cosas en todo» (4), esta película será transcendida, mas para nosotros seguirá siendo la suprema división del cuerpo espiritual, en la cual subiremos al Padre y nos uniremos á El.

El Cristianismo ha reconocido siempre la existencia de tres mundos ó regiones por las cuales ha de pasar el hombre: primero, el mundo físico; segundo, un estado intermedio á donde pasa á la muerte; y tercero, el mundo celeste. Los cristianos instruídos generalmente creen en estos tres mundos; no así los indoctos, que imaginan que el hombre va derecho desde su lecho de muerte á un estado definitivo de beatitud. Pero hay algunas diferencias en cuanto á la naturaleza del mundo intermedio. Los católicos romanos le llaman Purgatorio, y creen que todas las almas van á él, excepción hecha de los Santos, ó los hombres que han alcanzado la perfección, y también de aquellos que mueren en «pecado mortal». La gran masa de la humanidad pasa á una región purificadora, donde se permanece durante un período que varía según sean los pecados cometidos, y de donde se sale para entrar en el mundo celeste, una vez obtenida la purificación. Las diversas comunidades denominadas protestantes discrepan en sus enseñanzas en cuanto á los detalles, rechazando la mayor parte la idea de una purificación *post mortem*; pero generalmente concuerdan en la existencia de un estado intermedio, á veces llamado «Paraíso», á veces «período de espera».

(1) San Mateo, v. 48.
(2) San Juan, XVII, 21-23.
(3) II. Cor., V, I.
(4) I. Cor., XV, 28.

El mundo celeste es considerado casi universalmente en la moderna Cristiandad como una posición definitiva, pero sin que se dé una idea muy determinada ó general respecto á su naturaleza, ni respecto á los progresos ó situación estacionaria de los que allí arriban. En el Cristianismo primitivo se consideraba al cielo lo que realmente es: una etapa del progreso del alma; en el bien entendido que, en una forma ó en otra, se hallaba entonces generalizada la enseñanza de la reencarnación y de la preexistencia del alma. Resultaba de ello, por de contado, que la estancia celeste era tenida por temporal, aunque muy larga en ocasiones, puesto que duraba «una edad», según se consigna en el texto griego del Nuevo Testamento; edad que concluía con el retorno del hombre, para emprender la nueva etapa de su vida y progreso no interrumpidos. Tal estancia, pues, no era eterna como se lee en la equivocada traslación inglesa, que corre con autoridad (1).

A fin de completar el bosquejo que se requiere para la inteligencia de la Resurrección y de la Ascensión, tenemos que ver cómo se desarrollan estos diversos cuerpos en la evolución superior.

El cuerpo físico está en constante estado de flujo y de reflujo, sus moléculas se renuevan sin cesar, su fábrica es continua. Y como quiera que se construye del alimento que comemos, de los líquidos que bebemos, del aire que respiramos y de las partículas que atraemos de cuanto nos rodea, así de los seres animados como de las cosas, podremos purificarlo con la buena elección de los materiales, y convertirlo así en vehículo cada vez más á propósito para actuar por su medio, cada vez más receptivo á las vibraciones sutiles, cada vez más apto para responder á los deseos puros y á los pensamientos nobles y elevados. Por esto los que aspiraban á alcanzar los Misterios, quedaban sujetos á determinadas reglas para las comidas, abluciones, etcétera, y se les recomendaba un cuidado exquisito en lo tocante á las personas con que se reunían y á los sitios que frecuentaban.

De modo análogo cambia á su vez el cuerpo de deseos; mas los materiales que entran en su composición, se atraen y se expelen por el funcionamiento de los deseos que proceden de sentimientos, pasiones y emociones. Si éstos son groseros, groseros serán también los materiales constitutivos de dicho cuerpo, mientras que si aquéllos se purifican, cambiando los materiales, se hará el último más sutil, y más sensible á las influencias superiores. En proporción al dominio que el hombre ejerce sobre su naturaleza inferior, al desinterés de las aspiraciones y sentimientos, y á la medida del amor que experimente por cuantos le rodean, se verifica la purificación de este vehículo más elevado de la conciencia. El resultado será que cuando esté fuera del cuerpo físico durante el sueño, obtendrá experiencias más puras, altas é ins-

(1) La equivocación era natural, pues se hizo el traslado en el siglo XVII, cuando toda idea sobre la preexistencia y evolución del alma había desaparecido de la Cristiandad desde mucho tiempo antes, exceptuando las enseñanzas de algunas sectas, que la Iglesia Católica Romana perseguía, considerándolas heréticas.

tructivas; y cuando á la hora de la muerte lo abandone de un modo definitivo, pasará velozmente por el estado intermedio, pues el cuerpo de deseos se desintegrará con rapidez, y no podrá detenerle en su viaje hacia otras regiones.

El cuerpo mental es construído de idéntica manera por los pensamientos. Será vehículo de la conciencia en las regiones celestiales; mas su construcción es la tarea actual de la imaginación, de la razón, del juicio, de las facultades artísticas, de las aspiraciones, y, en general, de todos los poderes mentales en ejercicio. Tal lo usa el hombre, cual lo hace; por lo que la duración y esplendor de la estancia celeste dependen de la clase de cuerpo mental que se haya construído en la vida terrestre.

Conforme el hombre ingresa en la evolución más elevada, cobra este cuerpo actividad independiente aun del lado de acá de la muerte, y en medio del tumulto de la existencia mundana, va ganando por grados la conciencia de su vida celeste. Conviértese entonces en «el Hijo del hombre que está en el cielo» (1), el cual puede hablar sobre las cosas celestiales con la autoridad del conocimiento. Cuando el hombre comienza á vivir la vida del Hijo, vive en el cielo, aun estando en la tierra, pues ha entrado en el Sendero de Santidad y ha adquirido la posesión y el uso conscientes de su cuerpo celeste. Y como quiera que el cielo no está lejos de nosotros, sino que por el contrario, nos envuelve por todos lados, hallándonos sólo apartados de él por razón de la incapacidad nuestra para recibir sus vibraciones, no por su lejanía, y como quiera que esas vibraciones actúan sobre nosotros en todos los momentos de nuestras vidas, lo que necesitamos para estar en el Cielo es hacernos conscientes de tales vibraciones, lo cual conseguiremos, organizando, vivificando y desarrollando este cuerpo mental, que, construido de materiales celestes, es apto para responder á las vibraciones de la materia de aquel mundo. De aquí que el «Hijo del hombre» esté siempre en los cielos. Mas nosotros sabemos que el «Hijo del hombre» es término que se aplica al Iniciado: no al Cristo ascendido y glorificado, sino al Hijo cuando todavía «se está perfeccionando».

La primera división del cuerpo espiritual, ó sea el Cuerpo Causal, se desarrolla rápidamente durante las etapas de la evolución que conducen al Sendero Probatorio y las que en éste se comprenden, y así le es posible al hombre, después de la muerte, elevarse al segundo cielo. Después del Segundo Nacimiento, esto es, el nacimiento del Cristo en el hombre, tiene principio la formación del Cuerpo de Felicidad «en los cielos». Este es el cuerpo del Cristo, que se desarrolla en el tiempo de Su servicio en la tierra, y, á medida que se desarrolla, la conciencia del «Hijo de Dios» se hace más y más determinada, sintiéndose iluminado el Espíritu, en tal estado de desenvolvimiento, por la futura unión con el Padre.

En los Misterios cristianos, así como en los egipcios y caldeos antiguos

(1) San Juan, III, 13.

y en varios otros, había un simbolismo externo que expresaba las etapas por que el hombre iba pasando. Se le llevaba á la cámara de Iniciación, y se le colocaba en el suelo con los brazos extendidos, algunas veces sobre una cruz de madera, y otras simplemente sobre las losas del pavimento, quedando en la postura de un hombre crucificado. Entonces se le tocaba en el corazón con el tirso—la «lanza» de la crucifixión—y abandonando el cuerpo, que caía en profundo *trance* — la muerte del crucificado — pasaba á los mundos más allá. El cuerpo se metía en un sarcófago de piedra, y allí quedaba cuidadosamente guardado. En el entretanto, el hombre real recorría primeramente las extrañas y obscuras regiones llamadas «el corazón de la tierra», y después la celeste montaña, donde se revestía del cuerpo de felicidad perfecto, organizado ya del todo para vehículo de la conciencia, y en él volvía al cuerpo carnal para reanimarlo. La cruz sobre que este cuerpo se había colocado, y, en el caso de no haberse empleado cruz, el cuerpo mismo, rígido y en estado de *trance*, se sacaba del sarcófago, y se ponía en una superficie inclinada, mirando al Oriente, á punto de salir el sol del tercer día. En el momento en que los rayos del sol le daban en la cara, el Cristo, el Iniciado perfecto, ó Maestro, entraba otra vez en el cuerpo, y lo glorificaba con el cuerpo de felicidad que traía, cambiándolo con este contactol comunicándole nuevos poderes, y aptitudes y propiedades nuevas; en una palabra, transmutándolo en semejante Suyo. Era esto la Resurrección del Cristo; en adelante el mismo cuerpo de carne transformado adquiría una nueva naturaleza.

Por esto el sol se ha tomado siempre como símbolo del Cristo que resucita; por esto en los himnos de la Pascua de Resurrección se hace constante referencia al naciente Sol de Justicia. También está escrito del Cristo triunfante: «Yo soy el que vivo, y he sido muerto; y he aquí que vivo por siglos de siglos. Amen. Y tengo las llaves del infierno y de la muerte» (1). Todos los poderes de los mundos inferiores han quedado bajo el dominio del Hijo que ha triunfado gloriosamente. La muerte no tiene ya poder sobre El. «E, tiene vida y muerte en Su potente diestra» (2). El es el Cristo resucitado, el Cristo triunfante.

La Ascensión del Cristo era el Misterio de la tercera parte del cuerpo espiritual, el adquirir de la Vestidura de Gloria que prepara la unión del Hijo con el Padre, del hombre con Dios, cuando el Espíritu recobra aquella gloria que tuvo «antes que el mundo fuese» (3). Entonces el triple Espíritu se hace uno, se reconoce eterno, y el Dios Oculto es encontrado. Esto es lo que se representa en la doctrina de la Ascensión, por lo que al individuo se refiere.

La Ascensión de la humanidad será cuando toda la raza haya logrado la

(1) Apoc., I, 18.

(2) *The Voice of the Silence*, pág. 90, 5.ª edición, por H. P. Blavatsky.

(3) San Juan, XVII, 5.

condición de Cristo, el estado de Hijo, y este Hijo se haya hecho uno con el Padre, y todo Dios esté en todos. Esta es la meta, figurada de antemano en el triunfo del Iniciado, pero alcanzada solamente cuando la especie humana sea perfecta, cuando «la gran huérfana Humanidad» no sea ya tal huérfana, sino que se reconozca en plena conciencia como el Hijo de Dios.

Estudiando así las doctrinas de la Redención, de la Resurrección y de la Ascensión, lograremos las verdades declaradas que en los Misterios Menores á ellas se refieren, y empezaremos á entender toda la realidad de la enseñanza apostólica sobre que el Cristo no era una personalidad única, sino «primicias de los que durmieron» (1), y que todo hombre habrá de ser un Cristo. En aquellos tiempos no se consideraba al Cristo como un Salvador externo, cuyos merecimientos debían salvar á los hombres de la cólera divina. Era doctrina corriente en la Iglesia la elevada é inspiradora enseñanza de que El era las primicias de la humanidad, el modelo que todos debían imitar, la vida que todos habían de compartir. Los Iniciados han sido siempre tenidos por tales primicias, como promesa de la raza llegada á la perfección. Cristo era para el cristiano primitivo el símbolo vivo de su propia divinidad, el fruto glorioso de la semilla que llevaba en su propio seno. La enseñanza del Cristianismo esotérico, ó de los Misterios Menores, no era el ser salvado por un Cristo externo, sino el ser glorificado en un Cristo interno. Del estado de discípulo debía pasarse al estado de Hijo. La vida del Hijo había de hacerse en medio de los hombres, hasta que fuese rematada por la Resurrección, y el Cristo glorificado se convirtiese en uno de los perfectos Salvadores del Mundo.

¡Cuánto más sublime es este Evangelio que el de los tiempos presentes! ¡Cuán estrecha y mezquina la doctrina exotérica de las iglesias, frente á este grandioso ideal del Cristianismo esotérico.

(Se continuará).



LA EVOLUCIÓN DE LA CONCIENCIA

(Continuación).

Desarrollo del mecanismo especial de la Conciencia

En sentido muy real, la totalidad de los cuerpos del hombre constituye el mecanismo de la Conciencia como órgano para querer, pensar y obrar, pero el aparato nervioso puede llamarse

(1) I. Cor. XV, 20.

su mecanismo especial, como aquel por cuyo medio, en el cuerpo físico, domina y dirige todo. Cada célula del cuerpo está compuesta de miriadas de vidas diminutas, cada una de las cuales posee su propia Conciencia en germen. Cada célula tiene su propia Conciencia que alborea, la cual domina y organiza aquéllas; pero la Conciencia directora central que usa todo el Cuerpo, lo domina y organiza á su vez, y el mecanismo en que funciona con tal objeto, es el nervioso.

Este mecanismo nervioso es el resultado de los impulsos astrales, y la Conciencia tiene que ser activa en el plano astral antes de que aquél pueda ser construído. Los impulsos emanados de la Conciencia — que *quiere* experimentar y que trata vagamente de hacer efectiva esa volición — producen vibraciones en la materia etérea, y estas vibraciones, por razón de la naturaleza misma de esta materia (1), se convierten en eléctricas, magnéticas, calor y otras energías. Estos son los masones que trabajan bajo el impulso del maestro-masón, la Conciencia. El impulso viene de ella, la ejecución es de ellos. La inteligencia directora, que todavía ella no puede proporcionar, está suplida por la vida del Logos en el Alma Grupo, y por los Espíritus de la Naturaleza que trabajan bajo la dirección, como se ha dicho ya, de los Resplandecientes del Tercer Reino Elemental.

Así, pues, debemos entender que la materia nerviosa se forma en el plano físico bajo los impulsos del astral; las fuerzas directamente constructoras son, en verdad, físicas, pero la dirección y lo que las pone en movimiento viene de lo astral, esto es, proceden de la Conciencia activa en el plano astral. La energía de vida, el Prana, que transcurre en rosadas ondas, palpitando en la materia etérea en todos los nervios, no en sus envolturas medulares, sino en su substancia, viene directamente del plano astral, sacada del gran depósito de la vida, el Logos, y particularizada en el plano astral, y enviada desde allí al sistema nervioso, mezclándose con las corrientes magnética, eléctrica y otras que constituyen el Prana puramente físico, sacado del mismo depósito, pero por medio del Sol, su cuerpo físico; un examen más atento demuestra que los constituyentes del Prana del reino mineral son en menor número y menos complejos en su ordenación que los del Prana en el reino vegetal supe-

(1) El tanmâtra y tattva del plano, con sus seis subtanmâtras y subtattvas

rior, y éstos, á su vez, lo son menos que los de los reinos animal y humano; diferencia que es debida al hecho de que el Prana astral se mezcla en los últimos y no en los primeros, por lo menos en grado apreciable. Después de la formación del Cuerpo Causal, aumenta mucho esta complejidad del Prana que circula en el sistema nervioso del cuerpo físico, y parece que se enriquece aún mucho más en el progreso de la evolución humana; pues al hacerse activa la Conciencia en el plano mental, el Prana de este plano se mezcla también con el inferior, y así sucesivamente á medida que la Conciencia va penetrando en las regiones superiores.

En *La Doctrina Secreta*, H. P. Blavatsky habla de esta relación del Prana con el sistema nervioso. Cita, y confirma en parte, y en parte corrige la opinión del «éter nervioso», expuesta por el Dr. B. W. Richardson; la fuerza Solar «es la causa primaria de toda vida en la tierra», y el Sol es «el almacén de la fuerza vital, noumeno de la electricidad». El «éter nervioso» es el principio inferior de la Esencia Primordial que es Vida. Es la vitalidad animal difundida en toda la Naturaleza, y actuando con arreglo á las condiciones que encuentra para su actividad. No es «un producto animal», sino que el animal viviente y la flor y la planta vivientes, son sus productos.

En el plano físico este Prana, esta fuerza de vida, construye todos los minerales, y es el agente dominador en los cambios químico-fisiológicos de los diversos tejidos de los cuerpos de las plantas, animales y hombres. Muestra su presencia por el poder de responder á estímulos, pero por algún tiempo este poder no va acompañado de una sensibilidad clara; la Conciencia no se ha llegado á desarrollar lo suficiente para sentir el placer ni el dolor.

Cuando la corriente de Prana del plano astral, con sus atributos de sensación, se mezcla con el Prana del plano físico, principia la construcción de un nuevo orden de materia — el nervioso. Este orden nervioso es fundamentalmente una célula, y los detalles acerca de ésta pueden estudiarse en cualquier libro de texto moderno que trate del asunto (1), y el desarrollo con-

(1) Tal como «Histology» de Schäfter, en *Anatomy* de Quain, décima edición. *Handbook of Physiology*, de Halliburton, 1901. *The Cell in Development and Inheritance*, de Wilson.

siste en cambios internos y crecimientos de la materia de la célula, y estos crecimientos se envuelven en materia medular apareciendo entonces como hilos ó fibras. Todo sistema nervioso, por más complicado que sea, se compone de células y de sus crecimientos, los cuales se hacen más numerosos y forman múltiples conexiones entre las células á medida que la Conciencia exige para su expresión un sistema nervioso más y más complicado. Esta sencillez fundamental en la raiz de tal complejidad de detalles se encuentra hasta en el hombre, el poseedor de la organización nerviosa más altamente evolucionada. Los muchos millones de ganglios neurales (1) en el cerebro y en el cuerpo, son todos producidos al final del tercer mes de la vida prenatal, y su desarrollo consiste en la expansión y crecimiento de su substancia como fibras. Este desarrollo en la vida posterior resulta de la actividad del pensamiento; al pensar un hombre insistente y constantemente, las vibraciones del pensamiento originan actividad química, y los dendrons (2) surgen de las células formando conexiones y más conexiones en todos sentidos, literalmente senderos á lo largo de los cuales palpita el Prana—Prana que entonces está compuesto de factores de los planos físico, astral y mental — y pasan las vibraciones del pensamiento.

Volviendo de esta digresión al reino humano, veamos cómo principia y continúa la construcción del sistema nervioso por impulsos vibratorios de lo astral. Vemos un grupo diminuto de células nerviosas relacionadas por procesos imperceptibles. Este grupo se forma por la acción de un centro que previamente apareció en el cuerpo astral — del cual diremos pronto algo — una agregación de materia astral ordenada para formar un centro para recibir y responder á los impulsos de afuera. De este centro astral vienen vibraciones al cuerpo etéreo, causando pequeños remolinos que atraen dentro de sí partículas de materia física más densa, formando finalmente una célula nerviosa. Estos centros físicos, al recibir vibraciones del mundo externo, devuelven impulsos á los centros astrales, aumentando sus vibraciones; de este modo los centros físicos y astrales accionan y reac-

(1) Grupos de células nerviosas.

(2) Procesos nervíosos ó prolongaciones ó crecimientos que consisten en la materia de la célula encerrada en una envoltura medular.

cionan unos sobre otros y todos se hacen más complicados y más efectivos. Cuando pasamos al reino animal, vemos el sistema nervioso físico mejorando constantemente y haciéndose cada vez más un factor dominante en el cuerpo, y este sistema que primero se formó se convierte en los vertebrados en el sistema simpático que domina y vigoriza los órganos vitales — el corazón, los pulmones, la región digestiva; además desarrolla lentamente el sistema cerebro espinal, estrechamente relacionado en sus funciones inferiores con el sistema simpático, y se hace gradualmente más y más dominante, al paso que también se convierte, en su más importante desarrollo, en el órgano normal para la expresión de la Conciencia en estado de vigilia. Este sistema cerebro espinal es construído por los impulsos que se originan en el plano mental, no en el astral, y esto está indirectamente relacionado con el astral por medio del sistema simpático construído desde lo astral. Más adelante veremos el influjo de éste en la sensibilidad astral de los animales y en los seres humanos poco desarrollados, la desaparición de esta sensibilidad con el desarrollo de la inteligencia y su reaparición en la evolución humana superior.

El Cuerpo Astral ó de Deseos

La evolución del cuerpo astral debe estudiarse en relación con el físico, pues al paso que ejecuta el papel de creador en el plano físico, como hemos visto, su propio desarrollo ulterior depende en gran parte de los impulsos que recibe por medio del organismo que él mismo ha creado. Durante largo tiempo no goza de vida independiente propia en su propio plano, y la organización del cuerpo astral en relación con el físico, es una cosa muy distinta y muy anterior en el tiempo, á su organización en relación al mundo astral. En Oriente se habla de los vehículos astral y mental de la Conciencia, cuando actúan en relación á lo físico, como Khoshas ó envolturas, y usan el término de sharîra ó cuerpo para una forma capaz de acción independiente en los mundos visible é invisible. Esta distinción puede servirnos aquí.

La envoltura astral del mineral es una mera nube de materia astral apropiada, que no muestra signo alguno perceptible de organización. Lo mismo sucede con la mayor parte de los vege-

tales, pero en algunos parece que hay ciertas indicaciones de agregaciones y líneas, que á la luz de una evolución ulterior aparecen como la aurora de una organización incipiente, y en algunos antiguos bosques son visibles en ciertos puntos claras agregaciones de materia astral. En los animales estas agregaciones son definidas y patentes, formando centros en la envoltura astral de una clase permanente y especializada.

Las agregaciones en la envoltura astral son los principios de los centros que construirán los órganos necesarios del cuerpo físico, y no son las á menudo mencionadas chakras ó ruedas, que pertenecen á la organización del *cuerpo* astral y lo adecuan para funcionar en su propio plano, en conexión con la envoltura mental, como parte inferior del Sûkshma Sharîra oriental ó cuerpo sutil. Los chakras astrales están relacionados con los sentidos astrales, de suerte que una persona en quien estén desarrollados, puede ver, oir, etc., en el plano astral; se hallan mucho más allá del punto de la evolución que estamos considerando, punto en el cual los poderes perceptivos de la Conciencia no tienen aún órgano alguno, ni aun en el plano físico.

A medida que aparecen estas agregaciones, los impulsos de la Conciencia en el plano astral, guiados como antes se ha explicado, accionan sobre el doble etéreo, formando los remolinos etéreos antes mencionados, y de este modo se originan centros correspondientes en la envoltura astral y cuerpo físico, y así se construye el sistema simpático. Este sistema permanece siempre así relacionado con los centros astrales, aun hasta después de estar evolucionado el sistema cerebro-espinal. Pero de las agregaciones astrales en la parte exterior del cuerpo, se forman diez centros importantes que se ponen en relación con el cerebro por medio del sistema simpático, y que gradualmente se convierten en los órganos dominantes para las actividades de la Conciencia física ó en estado de vigilia—esto es, aquella parte de la Conciencia que funciona normalmente por medio del sistema cerebro espinal. Cinco de los diez sirven para recibir impresiones especiales del mundo externo, son los centros por medio de los cuales la Conciencia usa sus poderes perceptivos; en sánskrito son llamados Jñanendriyas, literalmente «sentidos del conocimiento», esto es, sentidos ó centros-sentidos por cuyo medio se obtiene el conocimiento. Estos originan, del modo antes explicado, cinco distintos remolinos etéreos y construyen así

cinco centros en el cerebro físico; éstos, á su vez, se modelan separadamente y permanecen relacionados con sus órganos-sentidos apropiados. Así se originan los cinco órganos-sentidos: los ojos, oídos, lengua, nariz, piel, especializados para recibir las impresiones del mundo externo, correspondientes á los cinco poderes de percepción de ver, oir, gustar, oler y tocar. Estos son modos especializados en el mundo inferior por cuyo medio una parte de la capacidad perceptiva de la Conciencia, su poder para recibir contactos externos, se ejercita. Pertenecen á los mundos inferiores y á las formas más groseras de la materia, que encierran á la Conciencia y la impiden, envuelta de este modo, conocer otras vidas; son aberturas en este denso velo de materia que permiten penetrar las vibraciones y llegar á la envuelta Conciencia.

Los otros cinco de los diez centros astrales sirven para llevar las vibraciones de la Conciencia al mundo externo; son las avenidas hacia afuera, así como los sentidos de conocimiento son las avenidas hacia adentro; son llamadas Karmendriyas, literalmente sentidos de acción, sentidos ó centros-sentidos que causan acción. Estos se desarrollan como los otros, formando remolinos etéreos, que constituyen los centros motores en el cerebro físico; éstos, también, se forman separadamente y permanecen relacionados con sus órganos motores apropiados. Manos, pies, laringe y órganos de generación y excreción.

Tenemos ahora una envoltura astral organizada; la acción y reacción continuas entre ésta y el cuerpo físico perfecciona á ambos, y éstos juntos actúan en la Conciencia, la que reacciona sobre ellos, ganando todos por estas acciones mutuas. Y como hemos visto ya, estos impulsos ciegos de la Conciencia son guiados en su funcionamiento en la materia por la vida del Logos en el Alma-Grupo y por los Espíritus de la Naturaleza. Siempre es la Vida, la Conciencia, tratando de darse cuenta en la materia, respondiendo en virtud de sus propias cualidades inherentes, vitalizada por la acción del Tercer Logos.

Acción Monádica

En este punto debemos detenernos unos momentos para considerar si existe algo que pueda llamarse propiamente Acción Monádica—la acción de la Mónada en el plano de Anupâdaka—

en esta etapa. Acción directa no hay ninguna, ni puede haberla hasta que la Triada espiritual en germen alcance un alto estado de evolución; acción indirecta, esto es, acción sobre la Triada espiritual, que á su vez actúa en la inferior, la hay constantemente. Pero para todo propósito práctico podemos considerarla como la acción de la Triada espiritual, la cual, como hemos visto, es la Mónada velada en materia más densa que la de su plano nativo.

La Triada espiritual saca la mayor parte de su energía y toda la facultad directa de esta energía, del Segundo Logos, bañada como está en esa corriente de Vida. Lo que pudiera llamarse su propia actividad especial, no tiene nada que ver con ninguna de las actividades de formación y construcción que hemos estado considerando, pero está dirigida á la evolución del átomo mismo, asociada con el Tercer Logos. Esta energía de la Triada espiritual se limita á los subplanos atómicos, y hasta la cuarta Ronda aparece emplearse principalmente en los átomos permanentes. Primeramente es dirigida á la formación y luego á la vivificación de la espiralilla que forma el muro del átomo. El vórtice, que es el átomo, es la vida del Tercer Logos, pero la pared de espiralilla se forma gradualmente en la superficie externa de este vórtice por la energía de vida que fluye de la Triada espiritual á los átomos permanentes relacionados con ella. Estas espiralillas se forman en el arco descendente de la segunda Oleada de Vida, primeramente en los átomos permanentes y después temporalmente en los átomos relacionados con ellos. Durante la primera Ronda de la Cadena terrestre se vivifica la primera serie de espiralillas de los átomos del plano físico—después que las siete series son construídas en el átomo permanente—por la vida de la Mónada fluyendo de la Triada espiritual. Esta es la serie de espiralillas usadas por las corrientes pránicas que afectan la parte densa del cuerpo físico. Del mismo modo en la segunda Ronda, la segunda serie de espiralillas se hace activa y en ella funcionan las corrientes pránicas relacionadas con el doble etéreo. Durante estas dos Rondas no puede verse nada relacionado con cosa alguna que pueda llamarse sensación de placer y dolor. Durante la tercera Ronda se verifica la tercera serie de espiralillas, y aquí aparece por primera vez lo que se llama sensibilidad, pues por medio de estas espiralillas la energía kámica ó del deseo puede afectar al cuerpo físico; el

prana kámico puede funcionar en ellas, poniendo así á lo físico en comunicación directa con lo astral. Durante la cuarta Ronda se vivifica la cuarta serie de espiralillas, y el prana kama-manásico funciona en ellas y las hace propias para ser empleadas en la construcción de un cerebro que ha de actuar como instrumento del pensamiento.

Una sucesión semejante en la presente Ronda, la cuarta, marca la evolución de los reinos de la Naturaleza, siendo repetidas, por decirlo así, las características principales de las Rondas anteriores en las Razas Raíces, así como la historia de la evolución que ha tenido lugar durante largas edades es repetida en la vida embrionaria de cada nuevo cuerpo. Durante la existencia de las dos primeras Razas había condiciones de temperatura que hubieran hecho la sensibilidad destructora de cualquiera manifestación de vida, y aquellas Razas no tenían sensibilidad al placer ni al dolor en el plano físico. En la tercera Raza había sensibilidad á impresiones violentas, que causaban dolores y goces groseros, pero sólo algunos de los sentidos estaban evolucionados, y aun éstos en un grado inferior como veremos pronto.

Ahora bien; en las primeras dos Razas eran visibles los principios de agregaciones en la materia astral de las envolturas, y si éstas hubieran podido relacionarse con materia física apropiada, hubiera habido en la conciencia física sensaciones de placer y dolor; pero las conexiones apropiadas faltaban.

La Triada espiritual, en esta etapa de la evolución, es tan insensible á las vibraciones de la materia externa, que sólo cuando recibe las tremendas vibraciones causadas por choques en el plano físico principia á responder lentamente en lo astral. Todo comienza para ella en el plano físico. No responde directa sino indirectamente por mediación de la vida del Logos, y sólo á medida que se construye el aparato primario físico, es cuando los impulsos más sutiles vienen por su medio con fuerza suficiente para causar placer y dolor. Las vibraciones violentas desde el plano físico causan vibraciones correspondientes en el astral, y ella entonces se hace vagamente consciente de la sensación.

Los átomos permamentes forman el único canal directo, aunque imperfecto, entre la Conciencia que se manifiesta como la Triada espiritual y las formas con que está relacionada. En el caso de los animales superiores estos átomos son sumamente activos, y en el breve tiempo entre las vidas físicas ocurren con

ellos cambios considerables. Á medida que avanza la evolución, el flujo creciente de vida desde el Alma Grupo á través de los átomos permanentes, así como la creciente complejidad del aparato físico, aumentan rápidamente la sensibilidad del animal. Hay relativamente poca sensibilidad en la vida de los animales inferiores, y poca en los peces, á pesar de su sistema cerebro-espinal. Á medida que la evolución prosigue los centros-sentidos continúan desarrollándose en la envoltura astral, y en los animales superiores aquéllos están bien organizados y los sentidos son agudos. Pero con esta agudeza hay brevedad de sensaciones, y exceptuando los animales más elevados, muy poco del elemento mental se mezcla para prestar á la sensación una sensibilidad mayor, más prolongada y continua.

Annie Besant.

(Se continuará).



EL HILOZOISMO

COMO MEDIO DE CONCEBIR EL MUNDO

PLAN DEL AUTOR

Entiéndese generalmente, y entiendo aquí yo por *hilozoismo* (de ὕλη, materia, y ζῶν, viviente), la generalización de la idea de vida á todos los seres, ó en términos más precisos, «el sistema de la metafísica experimental que intenta referir á un origen psíquico el conjunto de las cosas y de los fenómenos naturales, haciendo converger nuestras mismas inferencias positivas al fondo de la realidad universal». Cuán importante sea — aunque esto no les agrade mucho á algunos pensadores escolásticos — una tal amplitud en la reconstrucción de la existencia, queda demostrado con sólo reparar en sus consecuencias, desconocidas en España por los enemigos de la verdad filosófica y poco conocidas aún por los amigos, pero tan eficaces y contundentes contra el dogmatismo ontológico, que puede decirse que de ellas depende la legitimidad espiritual ó psicológica de la metafísica experimental. La posibilidad ó imposibilidad de demostrar que todas las cosas tienen propiedades psíquicas, es, en efecto, la vida ó la muerte de esa clase de metafísica. Si algún filósofo español hubiese tenido el proyecto de sólo plantear tan transcendental problema de una manera precisa y científica, hubiera constituido un dique inatacable contra todos los enemigos

teóricos de la filosofía en nuestro tiempo, y habría evitado anticipadamente no pocos esfuerzos inútiles de que la iniciativa filosófica nos da abundantes ejemplos. No necesito, pues, llamar la atención sobre la transcendencia de estas indagaciones, por más que los filósofos las hayan descuidado generalmente.

Inútil es que manifieste que no quiero reclamar injustamente los honores de la invención. Los metafísicos alemanes han salido recientemente en defensa del hilozoismo (bajo los nombres de *psiquismo, dinamismo*, ó el más concreto de *vitalismo universal*); y unos indirectamente y otros exprofeso, han tratado el asunto con más ó menos latitud y mayor ó menor claridad y copia de doctrina (1). Yo, salvando el natural respeto que tengo y debo á la manera de sentir en la materia de tan eximios pensadores, voy á desenvolver mi particular y limitado criterio. Positivamente es el más limitado, y celebraría saliese á la palestra algún filósofo más competente que yo en metafísica alemana, que se sintiese animado á extraer y depurar lo que en ella hay de amplio y constructivo. Estoy convencido de que su labor sería coronada con importantes y magníficos resultados. Satisfacción inmensa, siquiera en ella fuese envuelta alguna pequeña vanidad, resultaría para mi haber sido la causa ocasional de esta nueva luz que puede traer á la indagación filosófica la concepción hilozoista.

En cuanto á la causa de que esta concepción sea la ruina ó la salvación de la metafísica — brete á que antes me referí — salta desde luego á los ojos. Si lo espiritual y lo divino es algo que tiene existencia propia fuera del pensamiento y del mundo, el hombre que en serio afirme conocer lo divino y lo espiritual directamente, es un iluso; y como los estudios de observación nos han patentizado hasta la saciedad que toda intuición abstracta de lo perfecto es una quimera, hay que apelar á la *percepción*, como método filosófico, con la garantía del postulado de la *inmanencia* de lo absoluto (2). Contra este postulado consolador arremeten actualmente el ateismo y el materialismo; y ¿quién se opone abiertamente á tendencias tan deplorables? Filósofos. Son necesarios estos laboriosos obreros del orden suprasensible, para conservar el espiritualismo y defenderlo frente á materialistas y ateos; pero ¿quién lo defenderá contra los filósofos mismos? So pena de convertir á la metafísica en una mera crítica religiosa, en un objeto de

---

(1) Véase á Soury: *De hylozoismo apud recentiores*, París, 1880.

(2) Adviértase que no confundo la «inmanencia divina» con el panteismo. Mis investigaciones hilozoistas no hacen relación inmediata á semejantes cuestiones de partido... religioso. Además, por nada del mundo desearía ocultar mi fe individual ni perder mi honradez filosófica. Yo soy un teista furibundo. Ni los Brahamanes, ni los filósofos de Elea, ni Escoto Erígenes, ni Bruno, ni Spinosa, ni Schelling, me han convencido con su ἓν καὶ πᾶν. A pesar de esto, estoy lejos de admitir la transcendencia de Dios respecto á la naturaleza en el sentido antropomórfico. Dios, á mi juicio, es transcendente al universo en cuanto á la elevación, pero no en cuanto á la latitud, para servirme una vez siquiera de esta palabra en abstracto. El monoteísmo riguroso ha confundido demasiado ambas ideas, olvidando los textos bíblicos: *Est Deus in nobis... Est Deus in rebus... In eo vivimus et movemur et sumus.*

curiosidad erudita, en una rama de la filología y de la arqueología, preciso es reconocer que todo lo que en el universo y en la naturaleza hace vivir para el espíritu, es blanco y fin capital de las indagaciones filosóficas.

En cuanto á mí, aplazando para más tarde el desenvolver mi pensamiento, me limitaré por ahora á precisar el alcance de mi obra. Examino primero las *bases* empíricas del hilozoismo, haciendo ver cómo cada ciencia, en sus grandes generalizaciones, ha pagado á ese sistema un continuo tributo de pruebas incontestables. Después insinúo y establezco sus *consecuencias* teóricas en la resolución de los problemas correlativos de la vida y de la muerte. Por último, discuto el valor de sus *aplicaciones* morales, y si éstas son propias para fundar el edificio de la verdadera existencia humana, es decir, de la existencia social, según el ideal de la conciencia moderna. Mis esfuerzos para conseguir todo esto valen poco; pero si mi exposición, fiel á la verdad, contribuye, por poco que sea, á patentizar la realidad de un vacío en la filosofía contemporánea, y á excitar á otros á llenarlo, habrá cumplido su objeto. Hagedorn decía, á propósito de los iniciadores de esta clase de empresas, que el talento y la suerte del maestro se reducen al arte de exponer. Yo, discípulo sin talento de mi propio entusiasmo, habré tenido bastante suerte si consigo exponer verdades conocidas, dándoles forma determinada, para presentarlas como si fueran la más perfecta expresión de los ideales filosóficos.

PRIMERA PARTE

LAS BASES DEL HILOZOISMO

I.—BASE HISTÓRICA DE LA CONCEPCIÓN HILOZOISTA

Nadie que conozca un poco la historia del pensamiento humano, experimentará embarazo en creer que algunos filósofos de otros tiempos han reconocido la verdad del hilozoismo en sus consecuencias, aunque no tuviesen de ella más que presentimientos é ideas vagas. Thales, filósofo griego, enseñaba ya que todas las cosas eran vivas, y personificó las fuerzas naturales por analogía con el espíritu humano, imaginando que el universo estaba lleno de dioses. El primer principio de los seres equivalía para él á un alma del mundo difundida en todo: era lo divino (τὸ θεῖον), pudiendo decirse que la inteligencia divina «recorre la onda con rapidez» (1). Pero la manifestación decisiva y más amplia y poética se muestra aún con más relieve, por lo mismo que es menos mecánica, en los sucesores de Thales, y especialmente en Heráclito, cuyo κοινὸς λογος (fuego divino que penetra con su influencia el universo y produce la universalidad continua de las cosas) basta para convertirle en promovedor de las empresas hilozoísticas. Ese fuego divino, que unas veces llama fuego *viviente* (πῦρ ἀεὶ ζῶον) y otras fuego *inteligente* (πῦρ

(1) Aristóteles: *Methaphysica*, I, 3. — Diógenes: *Vida de Thales*, I, 35.

νοερον), es la actividad suprema del ser, cuya forma visible es el movimiento. No hay que creer, por lo tanto, que la doctrina de Heráclito era una doctrina de inercia y de muerte, que explicaba todas las cosas por un mecanismo vacío de pensamiento y de vida: por el contrario, es un sistema que pone la actividad en todas partes y el reposo en ninguna, es decir, un dinamismo universal (1). Desde un punto de vista más abstracto y ontológico llegó Platón á sus grandes atrevimientos de idealización de la materia; y después de él, los estóicos hicieron cruda guerra al mecanismo y al materialismo, porque, á su juicio, eran concepciones incompatibles con la existencia y universalidad de su λογος σπερματικοί (2). No intento averiguar cómo estas grandes nociones que vagaban por el mundo antiguo quedaron sin eco durante todo el curso de la edad media cristiana; básteme hacer observar que más que el dualismo dogmático y el excesivo espiritualismo social que miraba el el alma y el cuerpo como cosas, no sólo distintas, sino opuestas, contribuyó á asfixiar la tendencia hilozoista el excesivo *formalismo* metafísico que, gracias á la perniciosa influencia de los Alberto Magno, de los Santo Tomás, de los Egidio Romano, dominó en la ciencia de aquella época con imperio casi despótico. *Materia* y *forma* eran entonces como dos pesos, con los cuales se mantenía el equilibrio de la aguja de la balanza científica, sin consentir desproporciones. ¡Qué lejos nos hallamos ya de aquella «armonía oculta» (ἁρμονία ἀφανής) que superaba, según Heráclito, á todas las relaciones materiales y á todas las formas vivientes, y que era en su lucha con éstas la madre de todas las cosas! (3). ¡Ah! Si Heráclito hubiese resucitado en la obscura noche de los siglos medios, sin remisión hubiera dudado de la verdad y del cumplimiento de aquella sentencia que, profeta y adivinador casi infalible, solía aplicarse á sí propio: «Soy como las sibilas que hablan por inspiración, sin sonreir jamás, sin adornos, sin calor, y cuya voz hace resonar durante siglos las verdades divinas.»

Mas comienza la edad moderna. Ya la escolástica, destrozada por sus mismas divisiones intestinas y obscurecida en lo exterior por la gentil aurora del Renacimiento, pretende en vano atajar las corrientes de las ideas nuevas. Huyen los fantasmas que antes sustanciaba, desaparecen las abstracciones á que había dado vida, se evapora todo el cúmulo de potencias y virtudes con que quiso suplantar la íntima é inmanente realidad. La hora de la emancipación había llegado, y era natural aprovecharla buscando nuevos espacios al raudo vuelo del espíritu. Según veremos más adelante, Campanella fué el primero que procuró dar un fundamento teológico al hilozoismo rompiendo todas las trabas formalistas y aristotélicas. Que luego toda la pléyade de filósofos independientes (Bruno, Vanini, Sennert, Willis y, á la cabeza de todos, Telesio) se esforzaron en justificar aquella concepción en los demás órdenes de la realidad, basta sólo consignarlo aquí.

El apogeo de esta dirección, en los años anteriores á Leibnitz, viene representado por Glisson, naturalista filósofo, cuya obra *De natura substantiæ energetica* preparó la reforma leibnitziana. Según los recientes trabajos (4)

(1) Lassalle: *Die philosophie Heracleitodes Dunklen*, II, 21.—Fouillée: *La philosophie de Platon*. II, 261.

(2) Véase lo que digo al ocuparme de Séneca en *Los grandes teósofos españoles*.

(3) πολεμος πατήρ παντων. (Arist., *Eth. ad Nic.*)

(4) Además del ya mencionado escrito de Soury, recomiendo á quien desee conocer detalladamente las opiniones de Glisson, la lectura de la revista alemana *Kosmos* (año V, pág. 244 y siguientes), así como la *Vierteljahrsschrift der philosophie*, año III, 1879.

acerca de ese curioso libro, los puntos principales de la doctrina de Glisson, son los siguientes: *A.* La materia consta de tres propiedades ó facultades: percepción, tendencia y movimiento. *B.* El espíritu consciente de sí propio se compone de la totalidad de estas sensaciones inconscientes, compuestas á su vez de todas las partículas mínimas, al modo como las grandes olas del Océano están cubiertas de ondas medianas que á su vez lo están por otras más pequeñas, rizadas también en menudas crestas, ó al modo como el ruído del mar envuelve y supone el ruído particular de cada ola. *C.* Por virtud de esta infinita potencialidad, la naturaleza se percibe, se conoce y se mueve á sí misma, de modo que sus configuraciones orgánicas é inorgánicas forman un dibujo tan espontáneo y á la vez tan complejo, que visto al través del microscopio, «no puede dejar de convencer de que la naturaleza no aspira adrede á establecer una señal visible de su arte».

El hilozoismo estaba ya formado, y Leibnitz tuvo sólo que precisar los términos y hacer las aplicaciones. «Todo—decía Leibnitz—se produce á la vez mecánica y metafísicamente en los fenómenos de la naturaleza; pero el propio mecanismo no proviene sólo del principio material y de las razones geométricas; se deriva de una fuente más alta, y por decirlo así, metafísica.» «La naturaleza de las substancias—añadía—consiste en la fuerza, y por eso hay que concebirlas á imitación de las almas.» En su *Systéme nouveau de la nature* (1693), Leibnitz fustiga el formalismo de Santo Tomás y de los aristotélicos, insistiendo en que la esencia de la forma estriba en la energía, y que de esto resulta cierta semejanza con la sensación y el apetito; de manera que se debe formar de ella un concepto análogo al del espíritu. «Reconozco, á la verdad, principios vitales en toda la naturaleza, y los considero como inmortales porque son substancias indivisibles..... Estos principios vitales poseen percepción y apetito. Es seguro que no hay parte de materia en que no exista infinidad de cuerpos orgánicos y animados» (1). «En todas partes hay armonía, geometría, metafísica, y por decirlo así, moral.» En otros términos: en todas partes hay fuerzas y almas, cada una de las cuales es un mundo. O mejor todavía: hay una infinidad de criaturas, de seres vivientes, de animales, de espíritus, en cada partícula de materia. «Cada una de estas partículas puede ser concebida como un jardín lleno de plantas ó como un estanque lleno de peces. Pero cada ramita de planta, cada miembro del animal, cada gota de sus humores, es también un jardín y un estanque semejante. Nada hay estéril y muerto en el universo». De este modo el mecanismo con que Descartes, Malebranche y Spinosa querían explicarlo todo, es sólo la superficie de las cosas, el dinamismo, el fondo de ellas. Leibnitz, siguiendo á Pascal, no admira más que este dinamismo inmanente del mundo, cuya transcendencia psíquica creía ver por todos lados, pues hasta su taza de

---

(1) Leibnitz creyó, sin embargo, con lamentable inconsecuencia, que se debía conservar en cosmología cierto criterio mecanista para las últimas deducciones psicológicas. «No por eso (escribe en sus *Considerations sur le principe de la vie*, pág. 429), cabe afirmar que cada parte de la materia sea animada, pues entonces debería llamarse también animado un vivero, porque hay en él peces.» Comparación tal está destituída de todo fundamento, puesto que si el vivero no participa de la vida del pez porque no la produce, en el Universo, que es la causa de todos sus efectos, tiene que haber necesaria relación entre la vida y los seres vivos, según la ley de *continuidad*. El contestar á la objeción nos lo facilitará mucho el mismo Leibnitz, exponiendo, como después veremos, que admitida esa ley, no hay «vacío de formas vivientes», ni en el tiempo, ni en el espacio, ni en la cantidad de las cosas, pues un tal vacío sería la nada.

café era para él un cáliz rebosando en vida perdurable (1). Aunque exagerada, por razón de su amplitud, esta concepción dió á la naturaleza por fin la realización de la vida universal; y casi pudiera afirmarse que fué el primer ensayo sintético de naturalismo espiritualista, hecho sobre las mejores ideas de los teósofos antiguos, y que preparó los más generosos esfuerzos del pensamiento moderno. La misma tesis capital del sistema leibnitziano es, á saber, la representación de las mónadas simples bajo la imagen de un espejo en que todo el universo se refleja, estaba implícita en la ideología aristotélica, y había sido explanada con criterio teosófico ó más bien teológico, por Cusa y por los pitagóricos del Renacimiento, que á su vez ejercieron innegable influencia en las doctrinas de ciertos pensadores del siglo XVIII, tales como Diderot, Maupertuis, Cabanis y Robinet, el autor del tratado *De la nature*.

Atrevióse, finalmente, Kant á fundar el dinamismo sobre la metafísica al mismo tiempo que sobre la física, y mientras por un lado perfeccionó la cosmología de Leibnitz desde el punto de vista de la moral y del ideal de la libertad, por otro preparó el terreno con algunas de sus fecundas exageraciones en este punto al psiquismo de voluntad de Schopenhaüer *(willenspsychismus)*, ó á lo que Franck (2) llama *panthelismo*, según cuyo modo de ver todo es voluntad (θέλος). En confirmación de esta idea podemos aducir los pareceres de metafísicos tan ilustres como Hartmann, y de naturalistas tan sobrios como Wallace. «Parece una conclusión no difícil de probar, escribe el último (3), que todo es fuerza volitiva, y que el universo, en su plenitud, no sólo depende de la voluntad de inteligencias superiores ó de una inteligencia suprema, sino que él mismo es esa voluntad». Valdrá ó no valdrá empíricamente la aplicación que de estas generalizaciones hacen á todas horas idealistas y neokantianos; pero en el tribunal imparcial del saber, la extensión del concepto de voluntad á las fuerzas físicas, nunca puede ser un abuso de la inducción científica, sino el uso más parco y legítimo de dicha inducción. «Muchos opinan—añade Wallace—que semejantes especulaciones están más allá de los límites de la ciencia; pero á mí me parecen consecuencias más legítimas de hechos comprobados por la ciencia, que aquellas que no sólo reducen el universo á la materia, sino á una materia ideada y definida de tal modo que resulta filosóficamente inconcebible.»

En nuestros días, el hilozoismo cuenta ya con una abundante literatura científica en Alemania, Francia é Inglaterra. Al lado de su ramo de estudio especial (porque los sostenedores de la concepción hilozoista pertenecen á las escuelas más diversas, no son sólo metafísicos ó especuladores, sino físicos, químicos, fisiólogos y astrónomos, y aun el elemento matemático está representado en ellos); al lado, digo, de su criterio científico particular, los hilozoistas procuran conservar el espíritu abierto á las más altas amplitudes de la idealidad. Para no citar sino libros corrientes y acreditados, aquellos filósofos que deseen profundizar la materia, pueden proporcionarse las obras

(1) Feuerbach: *Geschichte der leibnitzische philosophie*, pág. 26.—*Leibnizium, cum Lipsiae me conveniret, et potu coffeae cum lacte, quo quam maxime delectabatur, uteremur ambo, in discurso de hoc argumento inter alia dixisse, se determinare non posse, annon in hocce vasculum, e quo potum hauriebat calidum, Monades ingrederentur quae suo tempore futurae sint animae humanae.* (Hausch: *Leibnizii principia philosophica more geometrico demostrata.*)

(2) *Essais de critique philosophique.*

(3) *News study on the natural selection*, pág. 423.

de Lotze (1), Pfeilsticker (2), Weissner (3), Zoellner (4), Naegeli (5), Duprel (6), Deusen (7), Geiger (8), Meyner (9), Noiré (10), Fechner (11), Ulrici (12), Redtenbacher (13), Oersted (14), Spiller (15), Schramm (16), Flammarion (17) y Jouvencel (18). Cuando al considerar la transcendencia y significación del pensamiento metafísico moderno, pára uno mientes en esa ilustre pléyade de sabios que han sostenido y sostienen la causa del hilozoismo, es imposible dejar de exclamar con Pelletan: «Si sueño en este momento, sueño por lo menos en buena compañía.»

Mas no se crea por eso que semejante concepción ha tomado en absoluto carta de naturaleza en la ciencia, toda vez que la rechazan hombres tan renombrados como Isenkrahe y Pesch, sin contar al célebre Wirchow y otros menos populares como Spitzer, que publicó en 1887 una obra rotulada *Ueber ursprung und bedeutung der hylozoismus*, en la que con decisión verdaderamente propia de Newton, tórnase rígido mediante el desprecio de los defensores del hilozoismo, á quienes acusa de ser factores inconsiderados de quimeras místicas y espiritistas, ateniéndose, por su parte, al *hypotheses non fingo*. En cuanto á mí, no tengo por qué seguir á Spitzer por ese camino. Para los que por inclinación ó por placer de pensar nos dedicamos á la investigación de la verdad especulativa, el problema de la universalidad del espíritu es de los que se encargará de resolver de una manera satisfactoria la filosofía del porvenir; pero ya hoy es permitido establecer el dilema de: ó admisión de la unidad psico-física de la existencia, ó renuncia á la comprensión de la misma en lo que tiene de elevado. El filósofo que esté penetrado de estas ideas, realiza *á fortiori* la armonía de lo suprasensible y de lo real: unifica sus deducciones y sus pensamientos como si de antemano se hallasen identificados con el fondo de la vida universal, como si las leyes del mundo anímico fuesen las verdaderas leyes ocultas de la mecánica y de la naturaleza. Acaso es esto una explicación aventurada más que una demostración; pero sin esa explicación, tan eterna como la conciencia humana, no hay indagación filosófica que merezca llevarse á cumplida cima.

(Se continuará.)

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

---

(1) *Mikrokosmus*, t. I, pág. 405 y siguientes.
(2) *Das kinetsystem*, pág. 21 y siguientes.
(3) *Das atom, oder das kraftelement der richtung als letzter wirklichkeitfactor*, pág. 7 y siguientes.
(4) *Wissenschaftliche abhandlungen*, t. I, pág. 31 y siguientes.
(5) *Die grenzen der erkennens*, pág. 2 y siguientes.
(6) *Kampf ums dasein am himmel*, pág. 331 y siguientes.
(7) *Elemente der metaphysik*, pág. 58 y siguientes.
(8) *Ursprung und bildung der sprachen*, t. I, pág. 128 y siguientes.
(9) *Zur mechanik des gehirbanes*, pág. 34 y siguientes.
(10) *Grundlage der zeitgen*, pág. 55 y siguientes.
(11) *Atomenlehre*, pág. 10 y siguientes.
(12) *Gott und die natur*, pág. 484 y siguientes.
(13) *Das dynamydensystem*, pág. 7 y siguientes.
(14) *Geist in der natur*, pág. 39 y siguientes.
(15) *Die urkraft des weltalls*, pág. 48 y siguientes.
(16) *Die allgemime bewegung*, pág. 48 y siguientes.
(17) *Dieu dans la nature*, pág. 140 y siguientes.
(18) *Gènésis selon la science, la vie*, pág. 21 y siguientes.



UTILIDAD DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

NOTAS DE LA CONFERENCIA DADA POR MRS. A. BESANT EN JULIO DE 1902 EN PARÍS.

EN nuestro tiempo, cuando el espíritu de investigación está siempre alerta, toda constitución que se presenta en el mundo, oye que se le dirige la siguiente pregunta: ¿Cuál es la utilidad de vuestra asociación; qué servicio especial pensáis hacer á la sociedad; qué esfera particular pretendéis ocupar? Y á menos que podamos contestar de un modo satisfactorio, los hombres no os mirarán, probablemente, sino con indiferencia, ó ignorarán que existimos; nuestras ideas no tendrán influencia alguna sobre ellos, y difícilmente podremos persuadirles que adopten nuestros ideales.

Es, quizá, útil, al terminar esta serie de conferencias oídas por tanta gente venida de países diferentes del nuestro, conferencias que han demostrado la diversidad que existe en la unidad de nuestra Sociedad, puede ser útil, repito, presentar bajo una forma precisa y concreta la obra que hemos llevado á efecto en el pasado, la que nos proponemos en el presente, y el resultado que podemos esperar en el porvenir.

Pero en primer término, lanzando una mirada hacia atrás, podríamos preguntarnos si era necesario crear una organización para difundir en el mundo ciertas grandes verdades; pues esta pregunta nos ha sido dirigida algunas veces por individuos de la Sociedad, y á menudo por personas que no pertenecen á ella. Aun admitiendo el mérito de responder la verdad y de hacer conocer al mundo la Sabiduría insuficientemente comprendida, ¿era necesario una organización especial? Aun reconocido el valor de las enseñanzas de la Teosofía, ¿cuál es la utilidad especial de la Sociedad Teosófica? A estas preguntas presentamos

dos respuestas: la primera, que llamaremos general y que puede aplicarse á otras sociedades así como á la nuestra; la segunda, que nos parece va más al fondo de las cosas y toca á la naturaleza íntima de la obra que nos esforzamos en llevar á feliz término.

La respuesta general es ésta: el único medio eficaz, en nuestros tiempos, de difundir conocimientos especiales, es el de organizar una sociedad dedicada enteramente á esta obra. Hecho curioso de nuestra época de individualismo: atravesamos una era de colectivismo como no se encuentra en el pasado. En la civilización moderna veréis, por ejemplo, que á cada nuevo paso hacia adelante de la ciencia, surge una sociedad que se encarga de la obra de propagación. Cuando los hombres han sentido la necesidad de conocer las diferentes partes del mundo, se ha formado una sociedad, un centro destinado á recibir los conocimientos reunidos por los viajeros y exploradores, y que esta sociedad, llamémosla geográfica, se encarga de difundir paulatinamente. ¿Se quiere hacer investigaciones acerca de una civilización desaparecida, sacar á la luz del día los restos del pasado, registrando el suelo? El sistema actual es reunir á los que se interesan en los estudios de este género y fundar un centro de acción destinado á retener los conocimientos, fruto de los registros que se hagan, y á darlos al mundo.

Cosa curiosa es también que en la antigüedad, cuando el individualismo estaba bastante menos desarrollado que hoy día, los conocimientos eran propalados individualmente, mientras que en nuestro tiempo de individualismo, las enseñanzas nuevas se difunden por la asociación y el común esfuerzo. Lo cierto es que en nuestra época no podemos seguir los métodos antiguos. El que hoy se levantase á fundar una religión nueva, encontraría obstáculos desconocidos en otras edades. Entonces fué posible á un Manu venir á instruir á los hombres y dictar leyes á las cuales se sometían aquéllos; y donde quiera que su misión sublime le conducía, encontraba la hospitalidad y una acogida bondadosa; así pudo formar grupos de discípulos, instruirlos y enviarlos á continuar su obra. Cuando Buddha vino á la tierra, pudo también recorrer la India en todos sentidos, consiguiendo aquí y allí un adepto; se hizo seguir á todas partes de sus discípulos, instruyéndolos, desarrollándolos, hasta que estuvieron en disposición de continuar la obra en vastas proporciones.

Cuando un Zoroastro se levantó en Persia, encontró las mismas condiciones; una civilización dispuesta á acoger bien al Maestro, á escucharle, á estudiar bajo su dirección; dispuesta á ofrecerle hospitalidad, á respetarle, á no pedirle otra riqueza que la de la ciencia, ni otra posición que la de Instructor capaz de comunicar la vida y la inspiración espirituales. Sin fortuna, sin patria, sin ninguna de las cosas consideradas indispensables, sin poseer ni una piedra en que reposar su cabeza, este hombre podía, sin embargo, llevar á cabo su obra.

Pero este modo de enseñanza se ha hecho imposible por las condiciones por completo distintas de la civilización moderna. Un Jesús, un Buddha, un Lao Tzé serían sencillamente arrestados como vagabundos y juzgados con arreglo á las leyes del país en donde tratasen de dar á conocer sus enseñanzas. Serían insultados en las calles, perseguidos por la policía. Ninguna acogida hospitalaria, sino la desconfianza ó la burla de parte de los mismos que pretendieran instruir. Las condiciones actuales imponen un sistema distinto para la enseñanza espiritual, y la necesidad de una organización por cuyo medio poder difundir el conocimiento. La experiencia adquirida por la práctica nos ha probado que lo primero que hay que hacer en un país donde haya de enseñarse la Teosofía, es reunir algunos individuos que constituyan un núcleo, un grupo de estudiantes, grupo que luego se convierta en centro, alrededor del cual se reunan más y más individuos; después se fundan otros centros semejantes en otras ciudades, y así, de lugar en lugar, para llevar á todas partes la luz que hace brillar la Teosofía. De este modo es como hemos logrado propalarla. Sin organización, nuestras enseñanzas permanecerían desconocidas; y como gente práctica moderna necesitamos emplear los medios modernos y responder á nuestra misión, tan grande como el mundo, con una organización tan vasta como él. Tal es la verdad sobre la cuestión general de la existencia de nuestra Sociedad.

Pero hay una razón mucho más profunda y real para la existencia de semejante organización. Hay una ley relativa á la dispensación de la Vida, con arreglo á la cual es necesario un vehículo para contenerla y difundirla después. Antiguamente ese vehículo era proporcionado por uno de los grandes Maestros espirituales, que reunía en torno suyo sus discípulos, y formaba con su grupo de adeptos, que aumentaba paulatinamente, el

vehículo transmisor de la Vida espiritual. En nuestro tiempo ese vehículo es producido por una organización determinada, y la formación de ese vehículo es la condición obligada para la propagación de esa vida.

A toda vida es necesario una forma en la cual encuentre su expresión y por cuyo medio pueda actuar.

Cuando los Maestros de la gran Logia que dirigen la evolución del mundo, decidieron dar nuevo impulso espiritual á la humanidad, vieron que había llegado la hora de dar un paso adelante en la evolución espiritual, hicieron oir en los tiempos modernos, como lo habían hecho en los antiguos, este sonoro llamamiento: ¿quién quiere ser nuestro porta-voz? ¿quién quiere servirnos? El eco de estas palabras salidas de la boca de los Maestros divinos, eco repetido en el fondo del corazón de aquellos que estaban aparejados para comprender la verdad y hacerla conocer á otros, es lo que ha hecho posible la creación de la Sociedad Teosófica.

Hoy, como otras veces, cuando el movimiento espiritual ha debido producirse, han nacido cientos de almas que habían estudiado estas enseñanzas en el pasado, que se habían alimentado de filosofía, y hasta cierto punto familiarizado con las ciencias. Ellas han sido enviadas del mundo invisible para nacer en el presente, á fin de que estuviesen prontas á responder al llamamiento cuando se dejase oir la voz, y para que hubiese en la tierra un eco resonante que respondiese al gran Maestro espiritual.

Sabemos también que cuando un Maestro divino venía al mundo, nacían al mismo tiempo un gran número de aquéllos que habían vivido con El en el pasado, que habían soportado con El las pruebas de su evolución, y que estaban dispuestos á reconocerle por intuición espiritual, desde el momento en que se encontrasen frente á frente con El. Tales eran los discípulos que se reunían alrededor de los Maestros del pasado; almas que habían luchado, que habían trabajado con Ellos en sus existencias precedentes, y que reencarnaban al mismo tiempo que Ellos cuando les llegó la hora de principiar su sublime obra espiritual. Del mismo modo se confirma en el tiempo presente que de en medio de los numerosos estudiantes del pasado, más avanzados en la ciencia divina, habían sido llamadas á renacer almas escogidas, predispuestas á reconocer las enseñanzas que iban á ser

comunicadas á los hombres y á recibirlas y servir de canal para transmitirlas al mundo.

Diferentes veces hemos visto, siguiendo la historia espiritual de aquellos que toman parte en el movimiento teosófico, que la verdad no les ha sido revelada á consecuencia de estudios largos y profundos, ni como resultado de una serie de razonamientos basados en la lógica, sino que encontró un eco en sus corazones desde el momento en que la oyeron proclamar; que siendo la memoria del alma más fuerte que la oposición del cerebro, vínoles prontamente la percepción interior de una enseñanza que les era ya conocida así que oyeron á los Instructores de la Sociedad Teosófica, ó que la leyeron en nuestros libros. Los mejores teosofistas, en un sentido, han sido formados de este modo por la afirmación de la memoria interior: una claridad súbita que nosotros llamamos intuición; esos son los discípulos del pasado que respondieron á la llamada teosófica, y formaron juntos un vehículo vivo capaz de contener los elementos de vida aportados por los divinos Maestros.

La utilidad interior de la Sociedad consiste, pues, en formar un vehículo por el cual la vida interior pueda comunicarse con el mundo exterior. Sin esta Sociedad el movimiento espiritual sería vago, indeterminado, y tropezaría con obstáculos innumerables unidos á la dificultad de encontrar un modo de expresión conveniente; pero por su medio se ha formado el núcleo, el cuerpo se ha creado, el vehículo está construído de suerte que puede dirigir sus conductos en todos sentidos. Una corriente de agua desciende de la montaña y apaga la sed de los que la encuentran; pero si esta corriente es dirigida á un depósito, día tras día y mes tras mes, si de ese depósito arranca un vasto sistema de tubos que conduzcan el agua á todos lados donde se necesite, entonces la corriente de la montaña se convierte en un medio de fertilización para millares de campos, y constituye una cantidad suficiente para apagar la sed de millaros de seres. Y del mismo modo que en la India empleamos un sistema de irrigación para hacer productivo al país, así también la corriente divina necesita un depósito que la contenga, y canales que hagan la distribución, pues de otro modo no podría realizar su obra fecundante. Por tanto, la Sociedad Teosófica es el depósito de la vida espiritual; las diversas ramas, los canales por donde las ondas espirituales discurren y se derraman en toda iglesia, en

toda secta, nación y raza, llevando consigo el conocimiento espiritual, devolviendo la vida á las ramas secas de espiritualidad, y preparando así el terreno para depositar en él la semilla que producirá la cosecha del porvenir. He aquí la gran utilidad de la Sociedad Teosófica.

Quizá me preguntaréis: ¿Es necesario entrar en la Sociedad para participar de sus beneficios? No, no estáis obligados á tomar parte en esta obra gloriosa, á menos que vuestro corazón os impulse á ello, y que una voz interna se haga oir con una insistencia tan superior que os sea imposible resistir. Podéis gozar de todos los beneficios, sin molestaros lo más mínimo para que otros participen de ellos. Podéis apropiaros el agua que se distribuye, sin que nadie os pida que trabajéis en el canal que la conduce á otros. Tomadla, bebedla, guardadla para vosotros, si á vuestra conciencia ó intelectualidad conviene; pero no censuréis á los que tienen el corazón más grande, un amor más grande por los hombres, y á quienes una intuición espiritual empuja hacia adelante, cuando la llamada á los obreros de buena voluntad resuena en el mundo. «Héteme aquí, envíame; he venido á hacer tu voluntad, Maestro y Señor mío»; tal debe ser la voz del corazón, y ninguno puede obligar á otro á dar esta respuesta. Nosotros, individuos de la Sociedad, no os exigimos que forméis parte de ella; esto es un privilegio, un honor, una ocasión que se os ofrece: aprovechad la oportunidad ó descuidadla, como queráis.

Tal es, pues, la utilidad fundamental de la Sociedad Teosófica. Pero hay más. ¿Qué obra hay que hacer á medida que se vaya extendiendo más el conocimiento espiritual? ¿Cuáles han sido y son las necesidades especiales del pasado, del presente y del porvenir, que exigen que se haga esta obra y que hacen que de ella dependa la dicha de la humanidad? En primer término, y sobre todo en el pasado, era urgente detener la creciente ola del materialismo y llamar la atención de los hombres hacia un conocimiento más profundo que el que tenían por objeto las investigaciones de la ciencia, un conocimiento más vasto que el que la ciencia de entonces esperaba alcanzar. Mirad treinta años atrás y ved cómo todos los nuevos descubrimientos de la ciencia tendían á reforzar la hipótesis materialista que hacía al hombre la criatura de un día, y obscurecía el testimonio de la inmortalidad del espíritu del hombre. Ved también con

qué autoridad y precisión se pronunciaba entonces la ciencia; una autoridad tal, que un idealista como Tyndall, idealista por el pensamiento, proclamaba que «la materia encerraba la promesa y la virtud potencial de toda vida terrestre». Ved, no solamente en la ciencia positiva, sino también en el resultado de las investigaciones hechas acerca de la creación del mundo, sobre las religiones desaparecidas, sobre las creencias que guiaban en otro tiempo el pensamiento humano, cómo esas investigaciones no conducían más que á una ciencia de mitología comparada, que llama mito, leyenda, producto de la imaginación á todas las grandes religiones del pasado. Ved cómo los argumentos basados en esto, argumentos hoy mucho menos atendidos, sostenían que todas las religiones estaban fundadas en la ignorancia, en la superstición del salvaje. Acordémonos que las teorías llamadas «mito solar» y «culto fálico» se asignaban como fundamento de la religión en los diversos países del mundo, atribuyéndola el más innoble de los orígenes; que el dardo mortal de este ataque se encontraba en los hechos mismos acumulados que ningún hombre instruído podía atreverse á negar. La Teosofía es la que, frente á frente de este creciente pensamiento moderno, proclamó con voz que no conoce la vacilación, que ni le falta autoridad ni claridad de enunciación, que si bien los hechos que se exponían eran ciertos y que los descubrimientos harían encontrar otros, la deducción que de ellos se había sacado era falsa; que si bien era verdad que todas las religiones tenían el mismo fundamento, este fundamento era la sabiduría divina y no la ignorancia del salvaje. Y ella mostró pruebas sobre pruebas, testimonios sobre testimonios, para demostrar la identidad de este fundamento en todas las religiones del mundo.

La religión fué salvada así de un ataque, tanto más peligroso cuanto más sutil era; desde entonces la ciencia adoptó una dirección tal, que se halla en camino de destruir el materialismo que ha cultivado, y de minar ella misma el escepticismo que había creado. En la actualidad busca á tientas la razón de los hechos que ya no es posible negar. Oid al Profesor Lodge declarar que la conciencia del hombre es algo mucho más grande, mucho más vasto, más profundo que lo que se conoce solamente como estado de vigilia, el modo de ser de la conciencia; que esto no es más que el fragmento más verdadero de la conciencia, que es nosotros mismos. Por esta declaración podéis apreciar el

camino recorrido por la ciencia que podemos llamar oficial. Leed sus últimas obras, sobre todo las que tratan cuestiones de gran valor. ¿Qué es lo que enseña acerca de la Química? Vedla en sus trabajos sobre la electricidad no avanzar sino á tientas; vedla esforzándose en comprender la construcción de los mundos y el misterio de la formación de la materia; ved cómo teoriza sobre la naturaleza de los átomos, cómo discute sobre los diferentes movimientos del éter, y cómo, en fin, se contenta menos y menos con las deducciones que sólo los sentidos pueden proporcionar sobre la materia, é intenta comprender la producción de la materia en la esfera donde los sentidos, en el estado de evolución actual, son todavía impotentes.

Por esta nueva dirección dada á la ciencia podéis medir la fuerza contenida en las teorías ridiculizadas cuando fueron presentadas por Madame Blavatsky, venida para enseñar la sabiduría divina; teorías hoy comprobadas una á una, y que lo serán aún más prontamente en años muy próximos. Esa es la justificación del movimiento teosófico.

Comparad ahora el pensamiento de hoy con el de hace veinticinco años; no comparéis la Sociedad Teosófica—esta no es aún más que un cuerpo en formación—sino las ideas que difunde, y veréis que esas ideas penetran en la literatura, veréis que apresuran el progreso científico y que liberalizan las religiones. Ved, pues, cuál ha sido la utilidad de la Sociedad en el pasado, y cuál es su tarea en el presente.

En efecto, observamos ahora la necesidad grande de una organización como la nuestra. Acordáos de lo que decía Mr. Mead en su conferencia «La Teosofía y la alta crítica», tratando de los resultados de ésta, cuyo progreso es uno de los hechos más notables del pensamiento moderno. Después de años y años consagrados al estudio de la cuestión, dice que la alta crítica nueva echaba por tierra los fundamentos mismos sobre los cuales se había levantado el Cristianismo en el pasado, y destruía por completo su historia; ¿no es indispensable, cuando un hecho semejante puede citarse con toda verdad, encontrar para la religión un fundamento más sólido que el de documentos que la crítica puede destruir, más inquebrantable que una historia que la crítica puede desvanecer? ¿Sobre qué se apoyarán en lo sucesivo las aspiraciones espirituales? ¿Dónde está la roca sobre la cual la humanidad podrá construir? Si se le quita á la humani-

dad sus Biblias, si se destruyen los documentos del pasado, si se nos dan versiones diferentes de los diversos manuscritos que se había creído encerrar la revelación divina, ¿con qué se les reemplazará en el porvenir? ¿Dónde encontrar esperanzas espirituales que esa crítica no pueda desvanecer? He aquí cuál será también, en gran parte, la obra de la Sociedad Teosófica de hoy y de mañana. Esta consiste en instruir á algunos de sus miembros, haciendo de ellos hombres con voluntad de conocer lo invisible con la misma certeza que los hombres de ciencia conocen las cosas visibles; su tarea será formar místicos que hagan del misticismo un estado definido, científico en sus métodos y declaraciones. Ella deberá formar un cuerpo de peritos religiosos, cuyo testimonio sea tan seguro, tan respetado como la declaración de los peritos científicos del pensamiento moderno; ella deberá discernir aquellos de sus individuos que están dotados de capacidades especiales, para educarlos por los sistemas de aquellos que han sido formados en la escuela de los videntes y de los sabios, y que á su vez quieran hacer discípulos como en los tiempos antiguos. Es necesario que lo invisible se abra á lo que es visible, que el sendero estrecho pueda encontrarse tan fácilmente como en otro tiempo; es necesario hacer ver al mundo que los grandes Maestros del pasado son los Maestros vivientes del presente, y que si la alta ó la baja crítica puede destruir los documentos, no puede hacer lo mismo con el Cristo; no podrá impedir que Él tome realmente parte en las penas y afecciones humanas. Esta es la obra de la Sociedad en el presente y en un próximo porvenir; la obra que ya ha realizado hasta cierto punto, pues hay en esta Sociedad estudiantes que se han encontrado frente á frente del gran Maestro del Cristianismo, que le han oído hablar, que hacen todos sus esfuerzos por seguir su voluntad. Pero no solamente la suya, pues del mismo modo que nuestro Maestro llama á todos los de Su Iglesia que desean ponerse en contacto con Él y dar testimonio de la realidad de Su existencia, de Su vigilancia protectora y de su poder director, así también otros fundadores divinos de religiones solicitan mensajeros semejantes, discípulos escogidos. ¿Creéis vosotros que el gran Profeta de la Arabia no vela sobre su rebaño del Islam, y no busca, entre los místicos de esta creencia, hombres capaces de enseñar con vigor y de hacer revivir esa grande y poderosa fe? ¿Creéis que el encargado de la enseñanza del Buddhismo no

trata de darle alguna vida espiritual, de arrancarlo del espantoso materialismo en que se halla sumido hasta el punto de haber olvidado el Ego inmortal, que pasa de un nacimiento á otro? ¿Creéis que Él no busca á aquéllos que han de dar testimonio de la realidad de las verdades que enseñó, y que han de vivificar esta religión que cuenta más adeptos que otra alguna? Lo mismo sucede con los profetas del pasado de la India: ellos también buscan quien quiera instruirse para servir é instruir á los demás á su vez. Estos grandes Maestros espirituales tienen fija la mirada sobre nuestra organización para ver si allí donde la enseñanza espiritual ha vuelto á tomar vida, encuentran mensajeros más aptos que los de varios siglos pasados. La prueba de que lo hacen y de que nuestra obra no es el producto de un sueño de teósofo entusiasta, se ve en las transformaciones que experimentan todas las religiones del mundo. Notad la enseñanza cristiana moderna aproximándose en muchos puntos á las ideas de la Sabiduría Divina, y á sacerdotes cristianos empezando á enseñar la gran doctrina de la reencarnación, no como un producto del Oriente, sino como una parte de la herencia transmitida á los cristianos, aunque hace mucho tiempo olvidada. En los países buddhistas la obra de la Sociedad vuelve á dar fuerzas y vida nueva á esas vastas regiones donde domina esa gran religión; en la India vivifica y espiritualiza el Hinduismo, y arrastra poco á poco á los hindus mismos á combatir las supersticiones que corrompen la fe antigua.

He ahí la obra bien visible para todos los que quieran verla; he ahí la obra que la Sociedad llevará á cabo cada día mejor; pues observad bien que en el seno de cada religión ganamos los individuos más abnegados y más desarrollados espiritualmente. No les hacemos cambiar de religión, sino sólo adherirse más firmemente á la suya, con lo que ellos transmitirán la luz á los de su confesión mucho mejor que lo haría un instructor teosófico especial.

Esta es, pues, la utilidad de la obra que se extiende por el mundo entero; pero, ¿es esto todo? No; hay otro aspecto de la obra que es de importancia capital para la estabilidad y la paz de los Estados, y que no debemos callar. ¿Cuál ha sido la causa de todas las guerras? ¿Qué es lo que separa dentro de los mismos límites del imperio británico las razas negras de la raza blanca? ¿Cuál es la causa de las continuas luchas entre las di-

versas naciones modernas, entre el Oriente y el Occidente? Veis, como yo, que la causa funesta que amenaza con la decadencia á nuestro imperio de las Indias, que ha provocado la lucha horrible de China, que ha valido á ésta tanto sufrimiento y miseria, es la diferencia de religiones; la actitud agresiva de una religión que pretende poseer sola la verdad, la predicación de un cristianismo que piensa más en hacer conversos que en difundir el espíritu del Cristo, de ese Cristo que realmente ha llevado la espada y la división en las palabras terribles, pero no verdaderas, que ponen en su boca; palabras que hacen del nombre mismo del Príncipe de la Paz un grito de guerra y un símbolo de opresión. Esa obra nefasta de una religión que pretende ser la única inspirada divinamente, y que declaró hace poco en la India, por boca del obispo Weldon, de Calcuta, que la lealtad no se encontraba sino donde había llegado el cristianismo, insultando así á la gran masa del pueblo hindu, zoroastriano y musulmán, esa obra no se detendrá sino cuando por medio de la enseñanza de la Teosofía, todas las religiones sean colocadas en el mismo rango, sin que ninguno trate ya más de convertir á un hermano, esforzándose solamente en aprender de él lo que pueda enseñarle. A medida que se extienda este nuevo espíritu, la caridad religiosa ocupará el sitio del odio religioso; los hombres de Oriente y de Occidente principiarán á entenderse y á no mirarse más como adversarios; no considerarán más las religiones como rivales y enemigas: habrá una verdadera tregua de Dios sobre la tierra, y los hombres adorarán ese Dios, unos al lado de otros, aunque bajo distinto nombre. Nuestra obra consiste también en reunir los hombres de creencias diversas y enseñarles á amarse y á respetarse, á tener confianza el uno en el otro, y á instruirse mutuamente. Este es otro beneficio del que la Sociedad Teosófica hará participar al mundo. No tratamos tan sólo de fundir las religiones, sino también las naciones y las razas; luego tratamos de despojarnos á nosotros mismos de las desconfianzas nacionales, que arrancan mucho más de la educación que de otra cosa; nos esforzamos en hacer la unión entre franceses, alemanes, italianos, holandeses, austriacos, rusos y las gentes de raza oriental, por un solo y mismo impulso, para que aprendan á conocerse y á amarse; pues el amor nace del conocimiento, es sentimiento natural del corazón humano.

Creo también que la Sociedad Teosófica será uno de los agen-

tes que lleven á la desgraciada Africa del Sud el remedio de las heridas causadas.

He sabido con satisfacción que algunos teósofos se dirigirán á esta parte del mundo, donde la lucha ha sido larga, y cuando el espíritu de la Teosofía haya entrado en la política del Africa meridional, veremos la fraternidad reemplazando el odio, y las heridas del pasado vendadas y curadas. Esto es una obra en perspectiva.

¿Cuál es la gran obra del porvenir? Volved á leer la historia del pasado y en ella encontraréis la significación del movimiento presente.

En efecto, ¿qué es lo que vemos? Religiones nuevas fundadas sucesivamente, cada civilización creando una religión que considera como infieles á todos los que no aceptan sus profetas, y á toda otra civilización como hostil ó inferior. Hasta el presente, la gran Logia de los Maestros divinos es la que ha hecho surgir, unas tras otras, las religiones, las iglesias y las creencias; mas en lo sucesivo no seguirá el mismo camino. El curso de la evolución ha tomado un nuevo rumbo.

El movimiento teosófico no es un movimiento aislado; no funda ninguna creencia nueva, ni iglesia ni religión nuevas; no exige ningún nuevo símbolo de fe: es un movimiento universal, un movimiento religioso independiente de todas las religiones. No propone ningún credo nuevo, no predica la división; está basado en la fraternidad humana, y tiene como enseñanza, como doctrina, la unidad de todas las creencias. ¿Qué debemos esperar para lo futuro? Si la historia dice verdad, una vasta unión saldrá de las luchas del presente; á la rivalidad individual del presente sucederá una cooperación amplísima de las naciones; y si, en el pasado, la fe separatista creaba civilizaciones aisladas, el movimiento religioso universal es hoy el precursor de una civilización fraternal de toda la tierra. Es la formación de un mundo donde reinará la paz y no la guerra; es el advenimiento de una cultura en la que el débil será protegido por el fuerte en lugar de ser esclavizado por él y pisoteado; es el germen de una concepción vasta como el planeta, que verá hermanos mayores y hermanos menores en la gran familia humana, pero no reconocerá á ninguna nación el derecho de hollar á otra, ni al fuerte el de despojar al débil. Esto es lo que presagia el porvenir; y si la historia dice verdad, esta es la utilidad de nues-

tro movimiento. Este movimiento universal significa una civilización universal, una vida universal; es la aurora del día en que los hombres han de realizar la fraternidad común, y han de vivir y trabajar por el bien común. ¿Qué otra utilidad más trae la Sociedad Teosófica? La de disipar las tinieblas del pasado y difundir la luz en el porvenir; la de destruir la esclavitud de otros tiempos y dar la libertad en lo sucesivo; calmar las desconfianzas antiguas, y reemplazarlas por confianzas nuevas. He aquí los provechos que el mundo ha de reportar de la Sociedad Teosófica desde un punto de vista práctico, y he aquí la misión sublime que vosotros, que formáis parte de la Sociedad, estáis llamados á llenar. Poneos, pues, á la altura de las circunstancias. Sentíos felices y orgullosos de vuestro título de teósofos, pero humildes al mismo tiempo; pues si algo debe hacer al hombre humilde, es el sentimiento de no ser más que el servidor de un poder más fuerte; solo un canal de transmisión de esa fuerza que á todo compenetra. Frente á la visión divina es cuando el hombre siente su pequeñez; pero también ante la visión divina es cuando percibe el poder divino que lleva encarnado en sí propio.



DESDE LAS CUEVAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN

por H. P. BLAVATSKY

(CONTINUACIÓN)

A fin de desvanecer de nuestra mente todo vestigio de las perplejidades de la mañana, Sham Rao nos invitó á sentarnos en la verandah, al lado de la ancha entrada de su cámara de los ídolos y mientras tenían lugar las oraciones de la familia. Eran las nueve de la mañana, hora usual de las oraciones matutinas. Sham Rao fué al pozo á prepararse y vestirse, según nos dijo, aunque el proceso se parecía más á desnudarse. A los pocos momentos volvió llevando por toda vestimenta un dhuti, como en la hora de la comida, y con la cabeza descubierta. Fué derecho á la cámara de los ídolos. En el momento que penetró en ella oímos el ruidoso toque de una campana que pendía del techo, y que continuó sonando todo el tiempo que duraron las oraciones. El Babu nos explicó que un muchacho tiraba de la cuerda de la campana desde el techo.

Sham Rao entró adelantando el pie derecho y muy pausadamente. Luego se aproximó al altar y se sentó en una pequeña silla con las piernas cruzadas. En el lado opuesto de la habitación, sobre los anaqueles de terciopelo rojo de un altar, semejante á un *étagère* del salón de una señora á la moda, había muchos ídolos. Eran de oro, de plata, de bronce y de mármol, con arreglo á su importancia y méritos. Maha-Deva ó Shiva era de oro, Gunpati ó Ganesha de plata, Vishnu en la forma de una piedra negra redonda del río Gandaki en el Nepal. En esta forma Vishnu se llama Lakshmi-Narayan. Había también otros muchos dioses que nos eran desconocidos, llamados Chakra, que eran adorados bajo las formas de grandes conchas marinas. Surya, el dios del sol, y los Kula-devas, los dioses domésticos, estaban colocados en segunda fila. El altar estaba cubierto por una cúpula de madera de sándalo esculpida. Durante la noche los dioses y las ofrendas se cubrían con una enorme campana de cristal. En las paredes había muchas imágenes sagradas representando los episodios principales de la biografía de los dioses superiores.

Sham Rao llenó su mano izquierda con ceniza murmurando oraciones todo el tiempo, la cubrió durante un segundo con la derecha, luego puso alguna materia á las cenizas, y mezclando ambas frotando las manos, trazó en su cara una línea con la mezcla pasando el pulgar de su mano derecha desde su nariz hacia arriba, y después desde el medio de la frente á la sien izquierda, y luego á la sien derecha. Habiendo así terminado con su cara, procedió á cubrir con ceniza húmeda su garganta, brazos y hombros, espalda, cabeza y orejas. En un rincón del cuarto había una enorme fuente de bronce llena de agua. Sham Rao se dirigió á ella y se sumergió en la misma tres veces, dhuti, cabeza y todo, después de lo cual salió asemejándose exactamente á un Tritón, bien parecido, chorreando agua. Retorció su única trenza de pelo en el extremo superior de su afeitada cabeza y la roció con agua. Esta operación terminó el primer acto.

El segundo acto principió con meditaciones religiosas y con mantrams, los cuales deben ser repetidos tres veces al día por la gente realmente piadosa: al salir el sol, al medio día y á la puesta del sol. Sham Rao pronunció en alta voz los nombres de los veinticuatro dioses, y cada nombre fué acompañado de una campanada. Hecho esto, cerró primeramente los ojos y se tapó los oídos con algodón, después comprimió la nariz izquierda con dos dedos de su mano del mismo lado, y habiendo llenado de aire sus pulmones por medio de la nariz derecha, comprimió ésta también. Luego cerró estrechamente los labios de suerte que la respiración era imposible. En esta posición todo hindu piadoso debe repetir mentalmente cierto versículo que se llama el Gayatri. Estas son palabras sagradas que ningún hindu osaría pronunciar en alta voz. Hasta cuando las repite mentalmente debe tomar todo género de precauciones para no inhalar nada impuro.

He prometido bajo mi palabra de honor el no repetir jamás toda esta oración, pero puedo citar algunas sentencias sueltas:

«Om... Tierra... Cielo... Que la luz adorada de... (aquí sigue un nombre que no debe ser pronunciado) me cobije. Que tu Sol, O tu el Unico, me cobije, el indigno... Cierro los ojos, cierro mis oídos, no respiro... á fin de ver, oir y respirar á ti solo. Arroja luz sobre nuestros pensamientos (otra vez el nombre secreto...»

Es curioso comparar esta oración hinda con la célebre oración de Descartes «Meditación III», en su *L'Existence de Dieu*. Dice como sigue, si no recuerdo mal:

«Ahora cierro los ojos, tapo mis oídos y descarto mis cinco sentidos; moraré en el pensamiento de Dios tan solo, meditaré en Su cualidad y miraré la hermosura de esta maravillosa radiación.»

Después de esta oración, Sham Rao leyó otras muchas oraciones, sosteniendo con dos dedos su cordón sagrado brahmánico.

Después de un rato principió la ceremonia de «lavar los dioses». Cogiéndolos del altar uno después del otro con arreglo á su rango, Sham Rao los sumergió primeramente en la gran pila, en que él mismo se acababa de bañar, y luego los bañaba en leche en una pila más pequeña de bronce que estaba en el altar. La leche estaba mezclada con cuajos, manteca, miel y azúcar, por lo que no puede decirse que esta limpieza llenaba su objeto. No es, pues, de admirar que nos alegrásemos de ver que los dioses sufrían un segundo baño en la primera pila, siendo luego secados con una toalla limpia.

Cuando los dioses fueron colocados en sus sitios respectivos, el hindu trazó en ellos los signos sectarios con una sortija de su mano izquierda. Empleó pintura blanca de sándalo para el lingam y rojo para Gumpati y Surya. Luego los roció con aceites aromáticos y los cubrió de flores frescas. La larga ceremonia terminó por el «despertar de los dioses». Una pequeña campana fué tocada repetidamente bajo las narices de los ídolos, quienes, según suponía probablemente el brahman, se dormían todos durante esta fastidiosa ceremonia.

Habiendo observado, ó figurádose, lo que á menudo significa lo mismo, que estaban bien despiertos, principió á ofrecerles sus sacrificios cuotidianos encendiendo el incienso de las lámparas y, con gran sorpresa nuestra, restallando los dedos de tiempo en tiempo, como avisando á los ídolos que «mirasen». Habiendo llenado la habitación con nubes de incienso y vapores de alcanfor ardiendo, esparció algunas flores más sobre el altar y se sentó en la pequeña silla un rato, murmurando sus últimas oraciones. Repetidamente sostuvo las palmas de las manos sobre la llama de los cirios y se restregó la cara con ellas. Después marchó alrededor del altar tres veces, y habiéndose arrodillado otras tantas, se retiró de espaldas hacia la puerta.

Un momento antes de que nuestro huésped terminara sus oraciones matinales, las señoras de la casa entraron en la habitación. Cada una de ellas traía una pequeña silla, y se sentaron en fila murmurando oraciones y pasando las cuentas de sus rosarios.

El papel que desempeñan los rosarios en la India es tan importante

como en todos los países buddhistas. Cada dios tiene su flor favorita y su materia favorita para el rosario. Los fakires están simplemente cubiertos de rosarios. El rosario se llama *mala* y consta de ciento ocho cuentas. Los hindus muy piadosos no se contentan con pasar las cuentas cuando rezan; deben ocultar sus manos durante esta ceremonia en un saco llamado *gomuhka*, que significa la boca de la vaca.

Dejamos á las mujeres con sus oraciones y seguimos á nuestro huésped á la casa de vacas. La vaca simboliza á la «nodriza tierra», ó la Naturaleza, y es adorada en consecuencia. Sham Rao se sentó al lado de la vaca y le lavó las patas, primero con su propia leche y luego con agua. Le dió algún azúcar y arroz, le cubrió la frente con polvos de sándalo, y adornó sus cuernos y patas delanteras con cadenas de flores. Quemó incienso debajo de sus narices y blandió una lámpara encendida sobre su cabeza. Después dió tres vueltas á su alrededor y se sentó á descansar. Algunos hindus dan ciento ocho vueltas alrededor de la vaca con el rosario en la mano. Pero nuestro Sham Rao tenía una ligera tendencia á libre pensador, como sabíamos, y además era demasiado admirador de Hæckel. Después que hubo descansado, llenó una copa de agua, la puso en la cola de la vaca por un momento y luego se la bebió.

Después de esto ejecutó el rito de adorar al sol y la sagrada planta *tulsi*. No pudiendo atraer al dios Surya de su altar celeste, Sham Rao se contentó con llenarse la boca de agua, sosteniéndose sobre una pierna y salpicando el agua hacia el sol. Inútil es decir que el agua no llegó al orbe del día, sino que nos roció á nosotros inesperadamente.

Es aún un misterio para nosotros por qué la planta tulsi, Basilicum Real, es adorada. Como quiera que sea, hacia fin de Septiembre presenciábamos anualmente la extraña ceremonia del casamiento de esta planta con el dios Vishnu, á pesar de que el tulsi lleva el título de novia de *Krishna*, probablemente porque éste es una encarnación de Vishnu. En estas ocasiones se adornan y pintan macetas de estas plantas con talco. Se traza un círculo mágico en el jardín y se coloca la planta en medio. Un brahman trae un ídolo de Vishnu y principia la ceremonia del casamiento ante la planta. Un matrimonio sostiene un chal entre la planta y el dios, como ocultándolos el uno al otro; el brahman dice oraciones, y mujeres jóvenes, especialmente jóvenes solteras, que son las adoradoras más ardientes del tulsi, arrojan arroz y azafrán sobre el ídolo y la planta. Cuando termina la ceremonia le dan el chal al brahman, el ídolo es colocado á la sombra de su novia, los hindus palmotean, destrozan los oídos de todos con el ruido de tom-toms, echan fuegos artificiales, se ofrecen mutuamente trozos de caña de azúcar, y se divierten de todos los modos imaginables hasta el amanecer del día siguiente.

(Se continuará.)

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.